

3. La Sabiduría es dulce en su Nombre

120. Y ¿qué indica el nombre de Jesús, que es el nombre propio de la Sabiduría encarnada, sino una caridad ardiente, un amor infinito y una dulzura encantadora? Jesús, Salvador, el que salva al hombre, de quien lo propio es amar al hombre y salvarlo.

*“Nada se canta más suave,
nada se oye con más gozo,
nada se piensa más dulce
que Jesús, Hijo de Dios.”*

(Nil canitur suavius. Atribuido a San Bernardo sin fundamento. Véase ML 184, 1307. El texto, ibid. 1317-1320)

¡Oh cuán dulce es al oído y al corazón de un alma predestinada el nombre de Jesús: «Para la boca es miel dulcísima, melodía agradable al oído y perfecto júbilo para el corazón».

(BERNARDUS, In Cantica, serm. 15: ML 183, 847).

4. La Sabiduría es dulce en su semblante

121. «Jesús es dulce [en su semblante, dulce] en sus palabras y [dulce] en sus obras»

(«Dulcis in facie». También esta división sabe a San Bernardo, pero de momento no hallamos dónde la pone).

Es tan dulce y benévolo el semblante de este amabilísimo Salvador, que cautivaba la mirada y el corazón de quienes le veían. Tan encantados quedaron de la dulzura y hermosura de su rostro los pastores que vinieron a verle al establo, que hubieran permanecido días enteros como fuera de sí contemplándole. Los reyes, aun los más encumbrados, apenas divisaron los rasgos de este hermoso Niño, deponiendo su altivez se postraron sin dificultad a los pies de su cuna. ¡Cuántas veces se dirían unos a otros: Amigos, cuán bien se está aquí! En nuestros palacios no se encuentra placer semejante al que se goza en este establo contemplando a este querido Niño-Dios.

Siendo Jesús muy joven, aun las personas afligidas y los niños de todos los contornos venían a verle para alegrarse y se decían unos a otros: Vamos a ver al pequeño Jesús, al precioso hijo de María. La hermosura y la majestad de su rostro, dice San Crisóstomo

(Cf. Hom. 27 in Matth., n. 2 (MG 57, 346): *Ipsius solum conspectus gratia multa plenus erat.*),

era tan dulce e imponente a la vez, que quienes le conocían no podían menos de amarle; y reyes hubo de países muy remotos que, al tener noticias de su hermosura, quisieron poseer su retrato. Se dice que el mismo Nuestro Señor, por especial favor, lo hizo enviar al rey Abogaro.

(Se trata de una leyenda; el Santo se limita a consignarla).

Aseguran algunos autores que, si los soldados romanos y los judíos velaron el rostro de Jesús, no fue sino para abofetearle y maltratarle más a sus anchas, porque sus ojos y su rostro despedían resplandor tan suave y encantador que aun los más fieros quedaban desarmados.

5. La Sabiduría es dulce en sus palabras

122. Jesús es dulce en sus palabras. Mientras vivía

en la tierra atraía a todos a sí por la dulzura de sus palabras, y jamás se le oyó gritar ni disputar acaloradamente, como ya lo predijeron los profetas (Is 42, 2; Mt 12, 19). Cuantos le escuchaban de buena fe se sentían tan vivamente atraídos por las palabras de vida que salían de sus labios, que exclamaban: Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre (Jn 7, 46); y aquellos mismos que le odiaban, sorprendidos de la elocuencia y sabiduría de sus palabras, preguntaban: ¿De donde le viene a éste esa sabiduría? (Mt 13, 54). Jamás hombre alguno habló con tanta dulzura y unción. ¿De dónde le viene a éste tanta sabiduría en sus palabras? Eran a millares las personas sencillas que dejaban sus hogares por ir a escucharle hasta en los desiertos, descuidando durante varios días el comer y el beber, saciándose únicamente con la dulzura de sus palabras. Esta dulzura fue la que, cual poderoso aliciente, atrajo a los apóstoles en pos de El; ella la que curaba las mayores enfermedades y la que consolaba en las mayores aflicciones. Bastó que dijera Jesús una sola palabra: «María», para que la afligida Magdalena quedara plenamente consolada y llena de júbilo (Jn 20, 16).

CAPÍTULO XI

Dulzura de la Sabiduría encarnada en su conducta

6. La Sabiduría es dulce en toda su conducta

123. En fin, Jesús es dulce en sus obras y en su modo de proceder; «hizo bien todas las cosas» (Mc 7, 37); es decir, todo lo que obró Jesús hízolo con tanta rectitud, sabiduría, santidad y dulzura, que en ninguna de sus acciones puede encontrarse el menor defecto ni deformidad.

Examinemos cuál fue la dulzura de esta amable Sabiduría encarnada en toda su conducta.

124. Los pobres y los niños le seguían por doquiera como si fuera uno de ellos; descubrían en este amable Salvador tanta sencillez, benignidad, condescendencia y caridad, que se atropellaban para acercársele. Predicando un día al aire libre, los niños, que acostumbraban a colocarse cerca de él, querían abrirse paso empujando por detrás, y los apóstoles que se hallaban más cercanos al Señor los rechazaban; mas notándolo, Jesús reprendiólos diciendo: «Dejad que los niños se acerquen a mí»

(Mc 10, 14. - Junta aquí el Santo varios pasajes distintos).

Y cuando estuvieron junto a El, los abrazó y los bendijo. ¡Oh qué dulzura y qué benignidad! Los pobres, reparando que vestía pobremente y se portaba sin altivez ni arrogancia, complacíanse en su compañía; defendíanle contra los ricos y orgullosos, que le calumniaban y perseguían y El, por su parte, les prodigaba mil alabanzas y bendiciones en cuantas ocasiones se le presentaban.

125. Pero ¿quién podrá explicar las dulzuras de Jesús para con los pobres pecadores? ¡Con cuánta afabilidad trató a Magdalena la pecadora! ¡Con qué dulce condescendencia convirtió a la Samaritana! ¡Con cuánta misericordia perdonó a la mujer adúltera! ¡Con qué caridad se sentaba a la mesa de los publicanos para convertirlos! Sus enemigos tomaron de cello pretexto para perseguirle, acu-